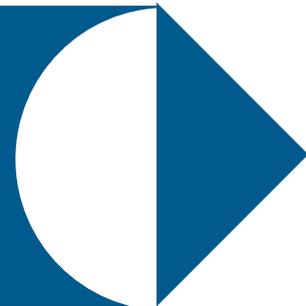


AVANTE

N.º 1, Valparaíso, diciembre de 2015



PINOCHET Y MERINO 100 AÑOS



Palabras iniciales

Para múltiples escenarios de reflexión, el describir procesos históricos tan trascendentes para la historia reciente chilena tiende a ser un desafío complejo y políticamente incorrecto; sin embargo nuestro objetivo no ha sido otro que desarrollar y comprender en forma breve las figuras del general Augusto Pinochet y del almirante José Toribio Merino Castro.

Sin embargo, en la historiografía actual es difícil poder encontrar un análisis que busque comprender este proceso en forma amplia, pues de este se desatan pasiones —hasta el día de hoy, a más de cuarenta años del pronunciamiento militar de 1973— que son irracionales y muchas veces violentas; por lo tanto, debemos plantearnos: ¿es justicia lo que busca la historia?

La historia como disciplina dista mucho de ser un tribunal de justicia y su papel fundamental, el que creemos y sostenemos, es legar no tan solo a las nuevas generaciones de chilenos sino al mundo una reflexión que permita conocer los hechos y situaciones que nos expliquen y nos hagan comprender los acontecimientos que trascendieron y cambiaron nuestras concepciones de sociedad. Así, nos sumamos a lo que sostiene el historiador inglés Hugh Thomas, de que la historia tiene un sentido terapéutico de unión y comprensión con el pasado, el cual, evidentemente, no es posible dejar de lado si la verdad de este no es conocida completa-

mente. Es en este sentido donde el papel de la disciplina histórica cumple un rol fundamental destruyendo «mitos» y «memorias» preestablecidas e incuestionables, aunque estas sean institucionalizadas y muchas veces impuestas por el Estado, como es el Museo de la Memoria, o por los «historiófagos» de izquierda.

Es así como el proyecto totalitario de la Unidad Popular, de una u otra forma, termina hasta el día de hoy siendo idealizado por sus adherentes, creando un «imaginario colectivo» utópico de bienestar general, transparencia y democracia. Para quienes vivieron y han estudiado aquel período de nuestra historia, no cabe la menor duda de que la intervención de las Fuerzas Armadas y de Orden fue un accionar que priorizó las libertades fundamentales que estaban siendo atropelladas, que recogió un sentir nacional mayoritario en búsqueda de paz, progreso y prosperidad de la nación. El desafío asumido por civiles y militares no fue sencillo, sorteando una agresiva campaña de aislamiento internacional y no en menor grado una lucha interna que no discriminaba ni respetaba la institucionalidad vigente o los derechos fundamentales de las personas.

Es en este sentido que recordar a los mártires de las Fuerzas Armadas y de Orden es una gran responsabilidad que no se ha asumido completamente, así como también a las vícti-

mas civiles, blancos de acciones de grupos organizados y armados de izquierda, muchas veces con financiamiento y apoyo internacional, que buscaban establecer el terror en nuestra población sin medir consecuencias e incluso esperando perjudicar el desarrollo de la sociedad y su bienestar, lo cual muchas veces es convenientemente omitido, además de que sus víctimas no cuentan con beneficios del Estado ni homenajeados.

De esta manera, el Gobierno Militar asumió construir un legado de libertad en medio de la adversidad, no tan solo reconstruyendo sino fundando una nueva senda de desarrollo en donde cada uno de los ciudadanos tuviese las mismas oportunidades de desarrollar sus capacidades, no importando su credo o creencia, permitiendo y asegurando un bienestar individual.

La modernización del país y el avance de los diferentes segmentos sociales durante el Gobierno Militar no corresponden a la casualidad o la fortuna, sino a un trabajo mancomunado y en búsqueda de restablecer las bases esenciales de la fundación de nuestra vida republicana, convicción en ideales sólidos basados en la libertad y un trabajo sin descanso. No es, por lo tanto, casualidad sino, al contrario, causalidad que Chile pasara de ser el país relegado en el desarrollo y en búsqueda de modelos exitosos a uno muy distinto, un país observado y ejemplo de desarrollo en la re-

gión, estableciendo parámetros que incluso tras más de dos décadas de concluido el régimen encabezado por el general Augusto Pinochet han permitido un crecimiento sostenido que ha beneficiado de una u otra forma a todos los chilenos. Es por ello que «el milagro chileno» es una fantasía, pues el desarrollo que llevó a Chile a estar presente en los principales escenarios económicos del mundo, liderando el Pacífico, terminando con males que parecían endémicos en nuestra población y generando un espacio de emprendimiento, es fruto del trabajo de quienes permitieron que el odio fratricida en búsqueda de la instauración de un sistema igualitario no triunfara, cumpliendo con un itinerario institucional establecido con mesura y racionalidad, superando la adversidad pero por sobre todo legando un país en libertad y democracia, un país distinto e impensado que dio un salto al futuro con vinculación al mundo y generando bienestar y progreso a todos los miembros de la nación. Es el Chile de hoy, el cual nos permite nuestra búsqueda de felicidad y prosperidad de una u otra forma; es el legado vigente del Gobierno Militar encabezado por hombres excepcionales de la historia nacional. Ellos fueron, sin lugar a dudas, fundamentales e inseparables para comprender uno de los procesos históricos más revolucionarios de nuestra historia: Augusto Pinochet Ugarte y José Toribio Merino Castro.

Agradecemos el apoyo de la Asociación Gremial de Oficiales de la Armada en Retiro (ASOFAR) en la publicación de la presente edición.

Libros recomendados

- 1.- *Al encuentro de la verdad*, general Odlanier Mena Salinas
- 2.- *Camino recorrido*, Augusto Pinochet Ugarte
- 3.- *Pinochet, las incómodas verdades*, Mario Spataro
- 4.- *Lo derrocó el pueblo*, Julio Bazán Álvarez
- 5.- *Salvador Allende: antisemitismo y eutanasia*, Víctor Farías
- 6.- *La escuela tomada*, Alfredo Jocelyn-Holt
- 7.- *La verdadera biografía del Che Guevara. La historia de un fracaso*, Nicolás Márquez
- 8.- *La infiltración en la Armada 1973. La historia de un motín abortado*, Germán Bravo Valdivieso
- 9.- *La revolución inconclusa*, Joaquín Fernandois
- 10.- *Carlos F. Cáceres. La transición a la democracia 1988-1990*, Patricia Arancibia Clavel
- 11.- *Las instrucciones del microondas*, Cristóbal Orrego Sánchez
- 12.- *Allende y Pinochet: las verdades olvidadas*, Mauricio Schiappacasse, Ernesto Medalla y Francisco Sánchez
- 13.- *Maldita corrupción. La peor bofetada a los más pobres*, Tomás Duval Varas
- 14.- *Nuestros años verde olivo*, Roberto Ampuero
- 15.- *Terapia para cerebros lavados*, Hermógenes Pérez de Arce
- 16.- *Tiempos modernos*, Paul Johnson
- 17.- *Bitácora de un Almirante*, José Toribio Merino Castro
- 18.- *Operación Castor. Un pacto de silencio*, Eduardo Carrasco
- 19.- *Procesos sobre violación de derechos humanos*, Adolfo Paúl Latorre
- 20.- *Chile en época de Crisis: estudios sobre partidos, ideologías y libertades*, Gonzalo Rojas Sánchez



Augusto Pinochet: El soldado llamado por los acontecimientos

El 11 de septiembre de 1973, Pinochet tenía 58 años. Era alto (un metro ochenta y tres centímetros, aproximadamente), “erguido como una baqueta y de fuerte complexión”. “En un rostro usualmente adusto e impenetrable”, destacaban “los ojos vivos, pequeños y azules...”. Su cara se veía “coronada por una tupida mata de pelo negro, gris en las sienes, partido al medio y cepillado hacia atrás”. Tenía “cejas gruesas, una nariz leonina”, “mejillas prominentes” y “un bigote fino”. Era un individuo preocupado de su apariencia, impresionaba de su uniforme y tenía buen gusto para elegir su vestuario de civil. “Buen terno, buena corbata y buena facha tiene el general Pinochet” –suspiran todavía, acercándose los años 90, Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux–.

El reconstructor de Chile fue un hombre inteligente, “muy equilibrado”, “disimulado, desconfiado, sagaz y ladino”. También fue un individuo de pocas palabras, de “fuerte carácter” (aunque podía llegar a ser “extraordinariamente simpático”, y tenía sentido del humor), de acción (el “terrible hombre de los hechos”), de “una capacidad de ironía terrible”, de “rapidez en las decisiones” y de “una extraordinaria autodisciplina y capacidad de trabajo”.

En el plano profesional, Pinochet era un militar “conocido por su capacidad de organizar bien las cosas”, experto en geopolítica y, además, tenía una sólida formación en historia y geografía, tanto de Chile como universal. Antes de convertirse en jefe de Estado, había escrito varios libros (*Geografía Militar*, 1967; *Geopolítica*, 1968; *Síntesis Geográfica de Chile, Argentina, Perú y Bolivia*; *Geografía de Chile*, 1968; *La Guerra del Pacífico: Campaña de Tarapacá*, 1972), que, en opinión del diario comunista *Puro Chile*, eran “muy interesantes y didácticos” y habían “interesado también a los lectores civiles, por el gran conocimiento y pedagogía con la que desarrolla sus materias; por su lenguaje objetivo y claro, y porque siempre se encuentran en ellos un gran fondo de interpretaciones trascendentes”. Durante y después de ejercer la presidencia, escribió otros libros, entre ellos: *El Día Decisivo. 11 de septiembre de 1973* (1980), *Política, politiquería y demagogia* (1983) y *Camino Recorrido. Memorias de un soldado* (1991).

Antes de la madrugada del 11 de septiembre de 1973, Pinochet había tenido una experiencia política: intendente subrogante de Tarapacá (1969). El presidente Frei Montalva lo nombró en el cargo. Pinochet desempeñó este puesto como civil, no

como militar. No cabe duda, como dice Gonzalo Rojas, que Pinochet pudo ejercer el cargo de presidente gracias a su formación como general. Augusto Pinochet es el gobernante que, en Chile, ha ostentado por más tiempo la categoría de jefe de Estado (16 años y medio), superando a los gobernadores del período colonial, con los que compartió el título de capitán general, pues ejerció la jefatura del Estado y la dirección del Ejército “con celosa simultaneidad”. “La estructura de legitimación de su poder y autoridad tuvo un doble origen: castrense, por ser Comandante en Jefe del Ejército, y legal-institucional, por lo que le confiere su carácter de Presidente de la República”. En pocos casos de la historia de Chile la asimilación presidencia-presidente ha sido tan intensa. “Augusto Pinochet es por sobre todo, ante la mirada histórica, presidente, y toda su acción es directiva, gubernamental, de mando supremo de la nación”.

Pinochet logró mantener la unidad de las instituciones de la Defensa Nacional y la adhesión (hasta la crisis económica que estalla en 1982) de al menos dos tercios de la población. Durante su gobierno hubo varias concentraciones populares de respaldo a su persona. Pinochet no temía a las multitudes y, antes bien, solía mezclarse con ellas. Pinochet recorrió el país de punta a cabo, hasta sus menores localidades (fue el primer jefe de Estado en visitar la Isla de Pascua), para interiorizarse de las necesidades y problemas de sus compatriotas. No se puede dejar de mencionar el trabajo social de la señora Lucía Hiriart, primera dama de la Nación, quien a través de CEMA-Chile y otros organismos prestó una útil y extensa asistencia social. La popularidad de Pinochet se manifestó en los triunfos que el mandatario obtuvo en la consulta de 1977 y en el plebiscito de 1980. El primer triunfo le otorgó apoyo ante los ataques de Naciones Unidas, sobre los que se dan detalles más adelante. El segundo triunfo significó la aprobación de una nueva Constitución y la prolongación de su mandato. Si bien es cierto que la consulta y el plebiscito se efectuaron sin registro electoral y bajo estado de excepción vigente en todo el territorio nacional, era evidente que la mayoría de la ciudadanía apoyaba a Pinochet y su régimen. No es un misterio que la crisis económica de la primera mitad de la década de 1980 mermó enormemente la popularidad de Pinochet. Pero, de todas formas, siguió disfrutando de un significativo respaldo ciudadano. “No fue casualidad que obtuviera el 43% de los votos en el plebiscito de

1988, resultado que no logró ninguno de los dictadores de Europa del Este, quienes en su momento debieron abandonar el poder presionados por el pueblo”.

Pinochet “aprendió con bastante rapidez a desenvolverse en política” y exhibió habilidad para escoger a sus colaboradores. Mostró un notable poder de persuasión para atraer a importantes líderes políticos, como los expresidentes Jorge Alessandri y Gabriel González Videla y distinguidos exministros y parlamentarios. Y, como dijimos, contó con el apoyo de los nacionalistas, de los “alessandristas”, de los gremialistas, de los ex militantes del PN y de los *Chicago Boys*. Pinochet fue capaz de involucrar en su proyecto a todas estas personalidades y grupos, “lo que fue acompañado de un gran pragmatismo para conciliar sus discrepancias y para la designación del personal burocrático y político, ejerciendo... un poder arbitral”. Si contemplamos en una mirada de conjunto el período, resulta claro que gremialistas y *Chicago Boys* fueron los principales grupos de poder del régimen militar.

El elevado número de ministros (133) “se explica por la tendencia de Pinochet de no hacer enroques ministeriales, sino a incorporar nuevas caras”. Tampoco “llevó al gabinete a personas ligadas a él, ya sea por amistad o relaciones familiares, por lo que no pudo ser acusado de nepotismo”. Es importante señalar que “la salida del gabinete no dejaba resentimiento que provocaran un rechazo político a Pinochet, puesto que éste se preocupaba de que los ex ministros siguieran vinculados al Gobierno, y mantenía con ellos una relación personal, siendo invitados a las principales ceremonias del Ejército. En caso de que la salida no hubiese sido fácil se le ofrecía otro cargo, como el de embajador”. También Pinochet tuvo “interés y entusiasmo por incorporar y entregarle altas responsabilidades a la juventud de nuestra patria. Algunos llegaron directamente del sector privado a cargos ministeriales y otros colaboradores en cargos menores fueron nombrados ministros por su capacidad”.

Pinochet tuvo “gran capacidad de absolver nuevas ideas, después de desconfiar de ellas en primer lugar”, pudo “seleccionar las políticas que han quedado como la marca de la modernización”. Medía “adecuadamente los tiempos para tomar las decisiones más acertadas”. “Analizaba detenidamente las distintas materias que debía resolver, tanto como miembro de la Junta de Gobierno,

como en su calidad de Presidente”. Trabajaba “con planificación, apreciación, idea general de acción, objetivos y metas, misiones y control”, era “una secuencia que una y otra vez” se repetía, “hasta formar cultura y –más aún– naturaleza de conducción política estratégica y táctica”. Tenía “el talento excepcional de combinar la determinación estratégica con la habilidad táctica”. Impresionaba “especialmente su capacidad de ordenar las cosas para alcanzar los objetivos y metas trazados. Su comprensión de la realidad y sus “densidades e intensidades” era “táctil”. No cabe duda de que “demostró ser un táctico magistral capaz de emplear con gran agudeza sus considerables recursos de poder para así ir sorprendiendo a sus opositores, tanto fuera como dentro del gobierno”.

Para resolver sobre materias de importancia, Pinochet consultaba diversas opiniones, con sus respectivos respaldos, para conocer todos los matices sobre un tema. Es que no se conformaba con la opinión que le daba un ministro en particular. No porque desconfiara. Simplemente no se entregaba a ninguno, porque el que mandaba era él, y para eso requería independencia. Por esta razón constituyó órganos asesores que le facilitaron la tarea de examinar minuciosamente las informaciones y propuestas que emanaban de los ministros. Estos órganos estuvieron a cargo de militares excepcionales: el Comité Asesor, que creó y dirigió el coronel Julio Canessa Robert; el Estado Mayor Presidencial, dirigido sucesivamente por los generales Sergio Covarrubias (su creador), René Escarriaza y Santiago Sinclair; el Comité Asesor Presidencial, a cargo del entonces brigadier Roberto Guillard; la Secretaría General de la Presidencia, dirigida por el ya mencionado Sinclair y otros. Pero, igualmente, consultaba a todo aquel que consideraba competente (uno de los civiles más consultados fue el genial Jaime Guzmán). Lo importante era contrastar opiniones para la toma de decisiones. “Otro aspecto que hay que destacar era su capacidad para mantenerse firme en las resoluciones adoptadas”. Nunca zanjaba situaciones “y luego, sin haber razones de peso”, cambiaba “su parecer. En él primaba sí un gran pragmatismo y si lo resuelto no ayudaba a solucionar el problema, reanalizaba la situación y adoptaba un nuevo camino”.

Digamos, por último, que la capacidad de “maniobra en crisis” de Pinochet era un “talento excepcional” que este poseía. El presidente Pinochet crecía en la adversidad, que fue una constante de su gobierno.



José Toribio Merino Castro

La forja de un marino ejemplar

El almirante José Toribio Merino nació el 14 de diciembre de 1915 en La Serena. Su madre, la señora Bertina Castro, abnegada y entregada a la vida familiar, tenía como esposo y padre del almirante a José Tomás Merino Saavedra, oficial superior que fue director general de la Armada durante tres años, asumiendo la jefatura máxima de la institución en 1927.

En febrero de 1931 ingresó a la carrera que más anhelaba para su futuro: La Escuela Naval, egresando con el grado de guardiamarina en 1936. En sus primeros años de egresado de la Escuela cuna forjadora de Arturo Prat tendrá una serie de responsabilidades como teniente 1º, con destinaciones en diferentes unidades, como petroleros, escampavías, destructores y el acorazado Almirante Latorre, desempeñando la gran mayoría de cargos existentes dentro de la nave. En varias oportunidades debió ejercer como monitor de oficiales y gente de mar.

Hacia abril de 1944, se embarcó en el USS Raleigh, crucero liviano de la Armada de los Estados Unidos, participando en la Segunda Guerra Mundial. Se desempeñó como oficial de control de averías, oficial de batería antiáerea de estribor y oficial de control de fuego hasta septiembre de 1945, cuando fue designado oficial artillero del destructor Serrano. Es transbordado en 1950 al acorazado Latorre y se le asigna la labor de diseñar e implementar la Central de Información de Combate, la cual no existía en esa unidad. Al año siguiente viajó a los Estados Unidos para embarcarse en el crucero O'Higgins, unidad recién adquirida en Norteamérica, como oficial a cargo de control de averías.

En 1952 asume el mando de la corbeta Papudo, cargo en el que permanece hasta 1954, cuando es transbordado a la Academia de Guerra Naval con el objeto de desarrollar el curso de Esta-

do Mayor. Entre 1955 y 1957 se desempeña como asesor de armamentos y agregado naval adjunto en Inglaterra, durante la construcción de los destructores Williams y Riveros. Hacia febrero de 1958 es destinado al Estado Mayor de la Armada. Al año siguiente asumió el mando del transporte Angamos, donde permaneció hasta 1960, cuando fue designado profesor de la Academia de Guerra Naval en los cursos de Logística, Geopolítica y Geoestrategia.

La década de 1960 será de retos mayores en la formulación de su carrera de oficial superior en la Armada. En 1962 es designado comandante del destructor Williams y en julio de 1963 asumió como jefe del Estado Mayor de la Comandancia en Jefe de la Escuadra. Durante este período se desempeñó como comodoro del Grupo de Tarea Chilena en la Operación UNITAS IV. Hacia 1964 es transbordado a Santiago como subjefe del Estado Mayor General de la Armada. Durante su permanencia en ese cargo integró diversas comisiones a nivel institucional y de Gobierno, entre las que se encuentra su nombramiento por parte de la Cancillería en 1966 como presidente de un Comité de Juristas para preparar el caso "Canal Beagle" ante una eventual presentación en tribunales internacionales. 1969 es el último año de una década que se inicia aparentemente tranquila, pero que en nuestro país está dando paso a la aplicación de los proyectos globales. Será en este año cuando asumirá como director de Armamentos de la Armada. En enero de 1970 es nombrado director general de los Servicios de la Armada, siendo en noviembre del mismo año cuando asume como comandante en jefe de la Escuadra, cargo que ocupó hasta marzo de 1972, fecha en que asumió como comandante en jefe de la I Zona Naval en Valparaíso.

El transcurrir político de 1970 a

1973 será complejo. Lentamente el país irá descomponiendo su convivencia cívica y política, lo que sumado al proyecto desarrollado por la Unidad Popular implicará ir tomando perfiles peligrosos. Ya en los últimos meses, la polarización política se permeaba en la Armada, con una fallida infiltración que fue descubierta en julio de 1973 y que mostraba las redes y objetivos políticos de algunos dirigentes de la Unidad Popular.

El 11 de septiembre el almirante José Toribio Merino asume como comandante en jefe de la Armada y miembro de la Junta Militar de Gobierno que depone al presidente Salvador Allende y toma la conducción política del país. Como integrante de la Junta Militar, estará a cargo del área económica del país y dirigirá el Comité Económico de Ministros, donde nacieron las medidas del caso que llevaron al presidente de la Junta, general Augusto Pinochet, a ponerlas en ejecución. Además, allí se elaboraron todos los decretos leyes que sobre estas materias debía dictar la Junta de Gobierno para regular el sector económico. Además, se reorganizaron las empresas dependientes de la Corfo, normalizándose su producción y devolviéndose a sus propietarios legítimos numerosas empresas intervenidas.

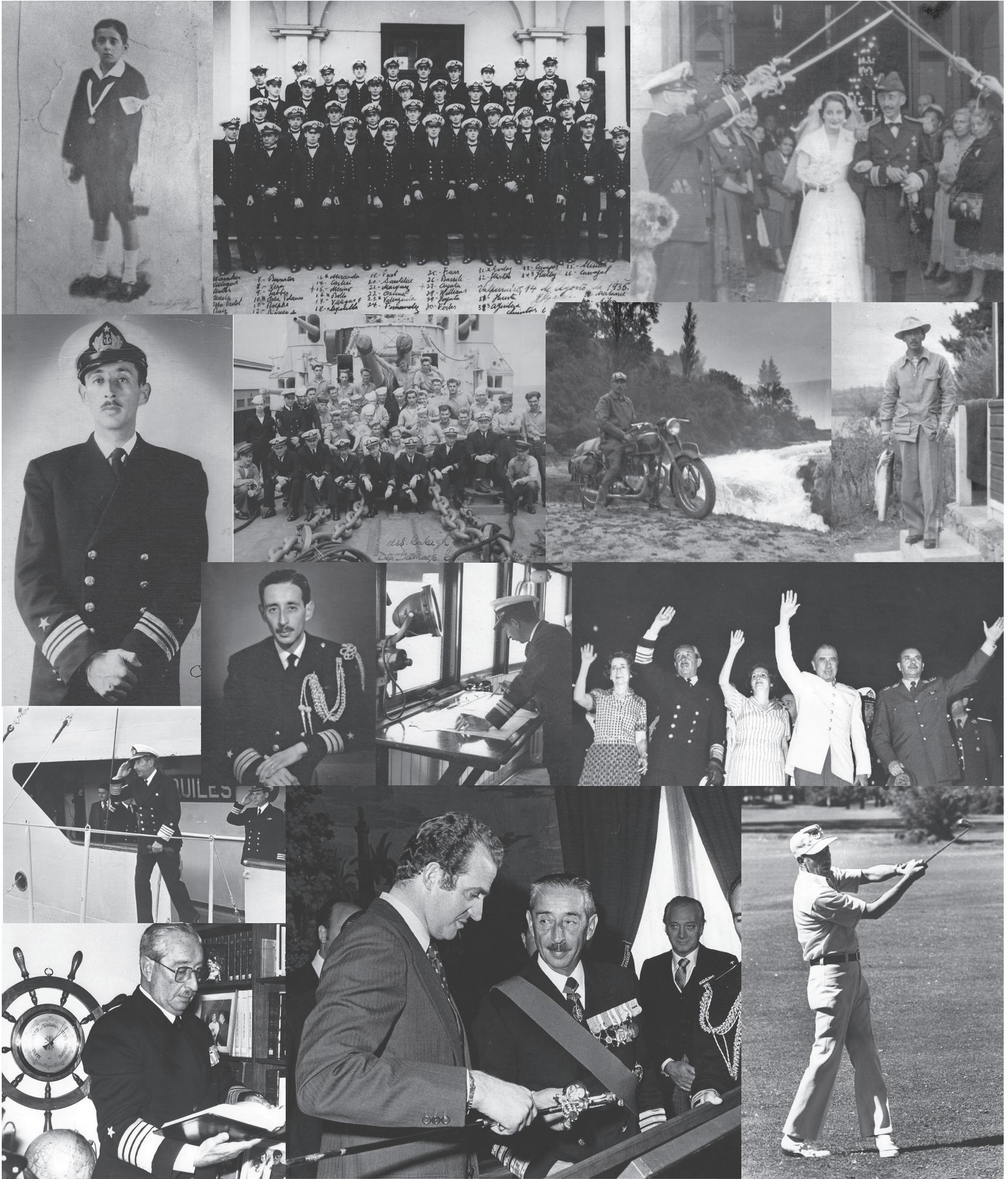
A finales de 1974, el almirante Merino viaja a España y como representante del Estado chileno renegocia una serie de contratos suscritos durante la Unidad Popular, destacando uno con la empresa Pegaso. Este contrato correspondía a la importación de una gran cantidad de vehículos del área de transporte, logrando renegociar con éxito y en condiciones ventajosas para el país. Durante este período impulsa la promulgación del Decreto Ley 701, cuyo principal objetivo es fomentar la forestación del país, estableciéndose una serie de in-



centivos para el desarrollo de plantaciones. Esto se lograba por intermedio de una bonificación para la forestación, además de la estabilización de dunas en suelos aptos para actividades forestales, además de bonificaciones y beneficios tributarios a la administración y manejo de bosques aptos para la actividad forestal.

Una iniciativa que vino del almirante Merino correspondió al estudio de un estatuto para las inversiones extranjeras, que dará paso a la elaboración y promulgación del Decreto Ley N°600. Además, impulsa el estudio y dictación de un decreto ley para promocionar los productos chilenos de exportación, naciendo de esta forma PRO-CHILE. Hacia 1975, ya imbuido en labores político-legislativas, se dictó el Estatuto de la Junta de Gobierno, creándose las Comisiones Legislativas y la Secretaría de Legislación de la Junta. El almirante Merino tendrá el privilegio de presidir la I Comisión Legislativa, que trabajó principalmente en las áreas de Economía y de Relaciones Exteriores, junto con sus labores en la IV Comisión, abocada al área de la Defensa. También será enviado por el Gobierno Militar a los Estados Unidos, con el objeto de reunirse con el presidente James Carter, para tratar temáticas bilaterales.

(continúa en p. 7)



(viene de p. 5)

Otra iniciativa suya que buscó mejorar las condiciones de vida de la población fue la dictación del Decreto Ley 3480, que permitió a los deudores de la Asociación Nacional de Ahorro y Préstamos para Viviendas la reestructuración de deudas hipotecarias.

En la década de 1980, habiendo ya logrado la organización, e institucionalización del país, es partícipe de la aprobación de la Constitución de 1980, donde el Gobierno Militar pone límites a su actuar jurídico, separa claramente los poderes Ejecutivo y Legislativo y le presenta al país un itinerario político-institucional para ir normalizando la vida política del país. Al almirante Merino, en esta etapa del Gobierno Militar, le correspondió, por su alta investidura y antigüedad dentro de la Junta Militar, convertirse en el presidente de la Junta de Gobierno, de acuerdo con lo estipulado en la Constitución de 1980. Su principal objetivo, en este período, fue constituir el remozado Poder Legislativo que regiría al país hasta el 11 de marzo de 1990. Le correspondió,

en dicho período, presidir la I Comisión Legislativa.

En 1982, ya inserto en la economía global, Chile se vio afectado por la recesión mundial, lo que llevó al gobierno a tomar numerosas medidas para paliar la aguda crisis económica que se estaba desarrollando en y que tenía fuertes consecuencias sociales en el país. Desde la Junta de Gobierno, impulsó numerosas leyes sobre la modernización del sector financiero, la creación de garantías del Estado a los depósitos y ahorros, la continuación de la baja de aranceles a las importaciones y, en general, a la normalización de las distintas actividades económicas que se vieron golpeadas por la crisis, entregando un fuerte espaldarazo al general Augusto Pinochet en su conducción política y económica. Esto, como se ha podido ver, permitió que ya en 1986 saliera del atolladero, iniciándose el período de mayor crecimiento de nuestro país entre 1987 y 1997.

Una norma importante para el desarrollo de la proyección marítima del país correspondió a la Ley N° 18454, de Fomento a la

Marina Mercante, que contribuyó al crecimiento del sector, el desarrollo de los astilleros y de la industria naval.

Otras mociones presentadas desde la Junta Militar se refieren a reemplazar el Libro Tercero del Código del Comercio; la adecuación de los límites marítimos chilenos a la Convención de Jamaica, mediante la correspondiente reforma al Código Civil; y a derogar la legislación que permitía el aborto terapéutico. Estas fueron aprobadas por las respectivas leyes orgánicas constitucionales, permitiéndole al Gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden desarrollar su itinerario constitucional.

Hacia 1988, en las postrimerías del Gobierno Militar, el almirante Merino propone un plan de desarrollo para la V Región elaborado con sus planteamientos y en 1989 se propone al presidente la dictación de una ley de pesca y acuicultura, que fue largamente debatida con el sector. Esto permitió la organización del rubro pesquero, buscándose la creación de condiciones para conservar los recursos pesqueros y permitir su sustentabilidad.

Con la derrota de la opción Sí en el plebiscito del 5 de octubre de 1988, al almirante Merino le correspondió presidir la Comisión Legislativa Conjunta que tenía por objeto realizar reformas a la Constitución. Este texto fue aprobado por la Junta mediante un plebiscito el 30 de junio de 1989, apoyando la población abrumadoramente la opción Sí. El 7 y 8 de marzo se realizó una revista naval en honor al comandante en jefe de la Armada, quien tras la derrota en el plebiscito anunció que llegado el momento daría un paso con el objeto de facilitar la transición de cambio de gobierno a las autoridades democráticamente elegidas en 1990. Ello, pese a que contaba con la prerrogativa constitucional de seguir 8 años más al mando de la institución.

Ya retirado de la vida política, y viviendo su sueño de compartir con su familia después de haber entregado largos años a la institución y el país, el almirante Merino fallece a causa de un cáncer el 30 de agosto de 1996, a las 21:40 horas, en el Hospital Naval Almirante Neff, en Viña del Mar.

Augusto Pinochet Ugarte: tres decisiones fundamentales para la Historia de Chile



Gonzalo Rojas Sánchez
Historiador

Los Boldos, 25 de nov. de 2015.

Al conmemorar hoy los 100 años del nacimiento del presidente Augusto Pinochet Ugarte (...) lo haré tomando en buena medida información de mi propio libro, *Chile*

escoge la libertad, La Presidencia de Augusto Pinochet Ugarte, en el que el mismo presidente fuera un actor tan importante, gracias a las cuatro largas entrevistas que me concedió y, sobre todo, por los 130 mil documentos de su presidencia que pude revisar.

La primera dimensión que quiero recordarles en este día solemne es el liderazgo de Augusto Pinochet Ugarte desde el mismo 11 de septiembre de 1973.

Efectivamente, desde la mañana del 11 de septiembre de 1973, a Augusto Pinochet Ugarte le tocará hacer aquello para lo cual nunca fue preparado, ser presidente de Chile, pero que solo pudo hacerse

gracias a eso otro para lo cual sí había sido formado: ejercer un liderazgo superior.

Pinochet deberá asumir el mando supremo de la nación cuando solo un general de ejército puede hacerlo, cuando ningún civil está capacitado, porque las coordenadas del conflicto nacional son fundamentalmente militares, de guerra. Y no había sido precisamente él quien así lo había planteado, sino que era una convicción muy arraigada en la inmensa mayoría de los chilenos.

¿Inevitabilidad histórica? No, simplemente el llamado de los tiempos a una tarea determinada para la cual Chile pudo no contar

con el hombre adecuado. Pero el hombre existía y tomó la decisión.

El carácter dramático de la situación, con toda su carga negativa de dolor y de pérdida de vidas humanas, tuvo la única gran ventaja de colocar al presidente de la Junta de Gobierno, un militar acostumbrado a pensar en términos de seguridad, de vida o muerte, de derrota o victoria, en condiciones de captar la magnitud del suceso político-militar que él estaba encabezando. Por eso, desde el momento mismo en que toma la palabra para dirigirse al país el día del Pronunciamiento, Pinochet comienza a manejar dos conceptos fundamentales: el patriotismo de las FF. AA. y el caos

(continúa en p. 8)

(viene de p. 7)

del gobierno del recién derrocado Salvador Allende. En una situación de normalidad, no parecería haber simetría conceptual entre ambos términos, pero ahora sí se presentan ante el simple ciudadano chileno como las únicas dos alternativas válidas en los dramáticos momentos que se viven. En ese acto Pinochet tiene, además, una clara visión de lo que son las líneas matrices de su acción hacia adelante.

Al mismo tiempo, marca presencia donde se decide de verdad la disputa militar de la primera hora: en terreno. Pero antes de salir a la calle, ya ha recibido el honor de la conducción del país por sus pares. Es efectivo que Pinochet asume por estructura de mando o antigüedad de las ramas y no por un acuerdo político y que esa decisión refleja su capacidad de mantener la lealtad y la jerarquía en las FF. AA. Pero también se hizo evidente con el paso del tiempo que esa designación había sido un claro reconocimiento a su liderazgo personal.

Las palabras de Pinochet en acción durante el Pronunciamiento mismo han dejado en claro, desde el primer minuto, su fuerte personalidad y el don de mando que lo caracteriza: “Mira –le dice a Patricio Carvajal– es conveniente tirar una proclama por la radio, que hay estado de sitio; en consecuencia no se aceptan los grupos; la gente tiene que estar en sus casas porque se arriesgan a que se encuentren en un problema”.

Pero Pinochet deja clara constancia de que no quiere destacarse: no es su ánimo, ni su estilo, ni está el país para personalismos: el 27 de septiembre afirma con humor que “la Junta trabaja como una sola entidad. Yo fui elegido Presidente por ser el más viejo; en realidad es porque el Ejército es la institución más antigua... Soy un hombre sin ambiciones, no quiero aparecer como el detentador del poder”.

Pero algunas especulaciones sobre su ambición se abren paso entre detractores y ciertos colaboradores. El presidente los enfrenta: “Llego al Mando Supremo de la Nación sin haberlo pensado jamás ni mucho menos buscado.

Soy un soldado que ingresó a las filas del ejército sin otro norte que la entrega silenciosa o abnegada a la Patria”.

Ha nacido a la luz pública uno de los liderazgos más significativos de la historia nacional, un conductor especialmente llamativo para el presente de Chile, en el que tantos, casi todos, parecen moverse en la vida pública nacional por intereses pequeños, por miras de corto plazo, por ambiciones innobles.

Una segunda dimensión que cabe resaltar hoy es la enorme visión de futuro del presidente.

En este tema vale la pena distinguir las tres dimensiones en que el presidente enfoca el trabajo gubernamental; por una parte, difunde con persistencia los principios políticos que inspirarán a esta nueva formulación constitucional; por otra, determina las instancias que la estudiarán y, finalmente, aborda los principales problemas jurídicos que son típicos de un período de transición institucional.

En el plano de los principios, lo primero que diferencia al Gobierno de Pinochet respecto de los demás regímenes militares de Iberoamérica, es que el presidente haya querido darse un marco de institucionalidad desde el inicio, lo que no es propio de una dictadura, sino de un gran proyecto nacional. A partir de sus lecturas, Pinochet ha llegado a la conclusión de que un hombre sin marco, tiende a desbordarse. Ya desde los primeros momentos del nuevo Gobierno comienzan a aparecer las definiciones, y después la Declaración de Principios, las Líneas de la Junta, etc.

Es el propio presidente quien comienza a dar luces. Ya en el mismo mes de septiembre de 1973 afirma que hay que ir a una nueva Constitución, puesto que afianzadas las metas de control del caos subversivo y económico, “las FF. AA. y de Orden darán paso al restablecimiento de nuestra democracia, para lo cual afirma que de cada línea ideológica se ha tomado lo mejor, pero “no pretendemos tampoco crear un nuevo sistema”, en cuanto sea una novedad completa en la historia de las

instituciones políticas, como se pretendió en otros momentos de la historia nacional. En todo caso, va quedando claro que el propósito fundamental del nuevo Gobierno es reconstruir la democracia, “la que deberá renacer purificada de los vicios y malos hábitos que terminaron por destruir nuestras instituciones”. Se trata de “abrir un nuevo régimen político, de establecer uno duradero y de proyección futura”, aunque todavía sus contornos no estén perfilados.

Poco más de seis meses después el presidente va caracterizando la democracia a la que aspira: “El objetivo central de la Junta de Gobierno es recuperar a Chile como país auténticamente libre y soberano, dando a todos sus habitantes la oportunidad de alcanzar mejores destinos y una realización integral, (porque) concebimos la sociedad como un conglomerado humano cuyo eje fundamental es el respeto a la persona humana, en sus más esenciales atributos naturales y espirituales”. A finales de abril de 1974, todas las dudas se están disipando, puesto que se habla claramente de un Objetivo Nacional, consistente en la democracia social, efectiva y moderna, en la erradicación de la pobreza y en la proyección de la imagen de Chile al mundo. A lo anterior, el presidente liga la idea de que el Gobierno no es transitorio y que, por lo tanto, hay tiempo para hacer los cambios necesarios: “hemos dicho que no somos un Gobierno transitorio de administración, para caer en los mismos vicios anteriores que destruirían definitivamente nuestra patria, como tampoco nos hemos hecho cargo del poder para perpetuarnos en él, lo que sería ajeno a la tradición de nuestra República”. Además, afirma que “la institucionalidad deberá contar con una “nueva generación de chilenos”, porque Pinochet ya esta pensando en aquella que con él irá madurando para conducir a Chile.

Mes a mes el presidente va dando más luces: Se tratará de gestar una democracia “social, efectiva, moderna”, “lo que supone una construcción fundada en los valores libertarios de la sociedad

occidental y en la democracia como forma de vida indisolublemente ligada a nuestra tradición nacional”. Pero Pinochet matiza, eso sí, que “sería un error grave y suicida confundir la esencia libertaria de la democracia, con las fórmulas institucionales y políticas superadas por los tiempos; (...) si queremos preservar esa esencia más profunda de la democracia, debemos generar nuevas expresiones y mecanismos institucionales que favorezcan su eficacia”, agrega.

Se va así caracterizando el tipo de autoridad que debe existir: despolitizada, independiente, fuerte, impersonal, justa. Como Chile debe volver a ser un país soberano, centrado en la dignidad de la persona humana, la institucionalidad tiene que reconocer además que existen derechos de las personas que son anteriores y superiores al Estado, todo lo cual se funda en la Declaración de Principios.

Para poner en práctica todo lo anterior, el Gobierno dispone el estudio y redacción de una nueva Constitución, siguiendo la mejor tradición, es decir, mediante un trabajo meditado y consiguiendo al funcionamiento de las instituciones. Tal como durante Portales, desde un comienzo se pretende que las normas estén subordinadas a la realidad.

Como el texto de 1925 solo está vigente “en la medida que la actual situación del país lo permita para el mejor cumplimiento de los postulados que (la Junta) se propone, la tarea de un reemplazo constitucional orgánico se encarga a una comisión que empieza sus reuniones el 24 de septiembre de 1973. El encargo de este grupo de trabajo es trascendental: “estudiar, elaborar y proponer un anteproyecto de nueva Constitución”.

La comisión va recibiendo gradualmente los principios que pretenden establecerse en la nueva institucionalidad y el presidente Pinochet va tomando contacto con sus miembros, en conjunto o por separado.

Después de un largo camino de años de estudio y ponderación, se llegó al 11 de septiembre de 1980.

(continúa en p. 10)

Pinochet y pinochetismo: la percepción post-soviética



Yanina Pinchuk

A veces puede ser útil y curioso echar un vistazo a sí mismo desde el exterior. Lo más interesante es que este método cotidiano no funciona solo en el aspecto personal sino también en la esfera más amplia, cuando se analiza cuál es la percepción de un cierto programa político, una ideología, una tendencia o una personalidad particular por un cierto grupo social.

Este artículo es un intento de responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es la imagen de Pinochet en la percepción de la gente de los países post-soviéticos? ¿Cuál es la visión de su política?

Inicialmente, hubo un intento de utilizar para el título el topónimo «Europa del Este». En principio esto sería correcto, pero, en términos ideológicos, inexpresivo. Es que cualquier intento de un análisis será inicialmente deficiente si no se tiene en cuenta el factor histórico en la formación de la conciencia de nuestros ciudadanos. Incluso las personas nacidas después del año 1991, todas ellas, son afectadas por el legado soviético; aunque no en la forma de asimilación de los estereotipos culturales, sí en la forma de un rechazo consciente.

Este ensayo solo puede servir como un esbozo del estudio completo, aunque la autora espera que hasta sus observaciones generalizadas subjetivas pueden ser útiles.

Lo más sencillo en cuanto a la división de la percepción sobre el general Pinochet es que resulta positiva y negativa, y coincide casi totalmente con la división condicional de izquierda y de derecha.

La retórica y el razonamiento de los que ven en la figura de Augusto Pinochet una personalidad odiosa, no han cambiado realmente desde los distantes años setenta. Aunque, por supuesto, han adquirido un velo peculiar de nuestro tiempo. Ahora, no sale de la lengua todo lo que está relacionado con «la democracia» y «los derechos humanos», pero, por otra parte, estas personas a menudo mencionan con afecto e incluso con reverencia exaltada a personajes como Hugo Chávez y Fidel Castro, quienes están muy lejos de ser democráticos. Pero esto se debe a que son lo que ellos llaman “gente nuestra”. El soviétismo latente y el gen de la ideología antigua son más fuertes que la lógica. Fuerte es también el instinto imperial. ¿Cómo podría un pequeño país de América Latina no someterse a los dictados de la gran y sagaz Unión Soviética, como se atrevió? Algunos destacan los argumentos económicos —una estratificación radical en términos de prosperidad— y también la imprevisibilidad e inestabilidad. Esto no es considerado como violencia política sino económica. Pero, en este sentido, una terapia de choque causa una aversión instintiva y se puede entender que después de un siglo de los experimentos económicos más desenfrenados y ruinosos nuestra gente ha contraído el recelo hacia reformas radicales casi de nacimiento. Y, paradójicamente, hasta el último va a creer en la posibilidad de la regulación estatal.

Pero es interesante que los partidarios del general también pongan el acento en la economía y recuerden el «milagro económico chileno» y acaricien la esperanza de repetición de un similar escenario eficaz en su país natal.

En general, los partidarios de Pinochet como una persona y del pinochetismo como un sistema pueden ser divididos en liberales

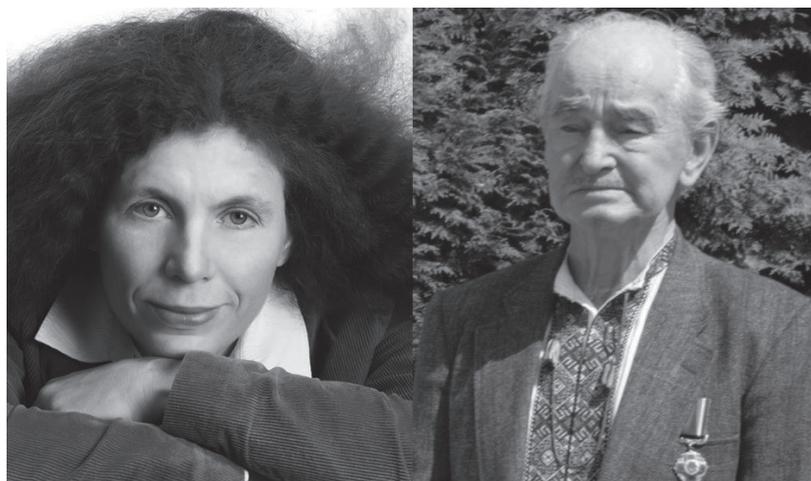
y tradicionalistas (excluyendo la división aun más compleja y, a menudo, curiosa). Hablando en sentido figurado, el ideal de los primeros es la libertad, y para los segundos es el orden. Pero el presidente Augusto Pinochet era una figura política muy original, porque con su gobierno autoritario fue capaz de fusionar ambas ideas.

Los liberales, entre quienes se puede mencionar, por ejemplo, a la escritora y periodista rusa Yulia Latynina, a menudo consideran como el mérito de Pinochet la prosperidad económica y la iniciativa empresarial libre. Destacan también el abandono voluntario del poder y el retorno a un régimen democrático, en que no se procedió absolutamente sin problemas pero a pesar de eso podría ser un caso ejemplar. Ellos ven a Pinochet como a un político que respondió adecuadamente a un desafío histórico muy duro, resistió la «época de cambio» y llevó al país a un nivel cualitativamente nuevo. Su figura y régimen se perciben como transitorios y pueden considerarse como una especie de «instrumento de la historia».

Para los tradicionalistas, quienes incluyen al publicista disidente de Ucrania Valentyn Moroz, el Gobierno de Pinochet no solo y, a me-

nudo, no tanto, tiene la importancia social y económica, pero sobre todo la importancia espiritual e ideológica. Para ellos, pertenecer a la derecha significa tener el espíritu y la mentalidad especial, y sobre todo la filosofía asociada con los valores correspondientes, con los cuales está relacionada su evaluación. La percepción de los pinochetistas del campo tradicionalista es que ellos no ven en su gobierno el medio sino la meta. Aunque, en principio, hay una gran variedad y flexibilidad, Pinochet puede provocar la simpatía de católicos y de ortodoxos, de monarquistas y de fascistas o nazis. El aprecio de esta figura histórica depende de la profundidad del análisis basado en la escala de un determinado valor y del significado de este valor para cada individuo.

En general, no sería una exageración decir que el interés a la persona y el régimen de Pinochet creció gradualmente durante la década de 2010, por lo que le dio razón a unos para hablar de una especie de «moda». Por lo tanto, la curiosidad y el conocimiento dirigido a los discursos de «Pinochet» y «pinochetismo» están en constante desarrollo. E incluso si estamos hablando de un embate, de un interés bastante superficial, no es la moda peor entre los intelectuales de la Europa del Este.



Yulia Latynina.

Valentyn Moroz

(viene de p. 8)

El acto plebiscitario convocado por la Junta se efectúa con entera calma en todo Chile; al final de la jornada se da a conocer el resultado: Sí 67,04%, No 30,19%. Augusto Pinochet Ugarte, el 11 de marzo de 1981, pasa a ser el nuevo presidente constitucional de Chile. Ha cumplido todos sus anuncios sobre el modo y los plazos por los que Chile tendría este nuevo marco. Ha tenido que superar dudas y vaivenes —especialmente significativa es su famosa definición de Chacarillas en 1977— y ha consumado el más detenido, profundo y largo estudio de que haya sido jamás objeto una constitución en la historia de Chile.

Qué diferencia notable con la improvisación, los devaneos ideológicos y la frivolidad con la que algunos quieren impulsar, pronto y mal, una nueva Constitución para Chile.

La tercera dimensión que quiero comentar es el cumplimiento de la palabra empeñada en Augusto Pinochet Ugarte, con especial referencia al plebiscito de 1988.

Algunas versiones afirman que tres días antes del plebiscito el presidente lleva a los miembros de la Junta a la sala de computadores y les explica cómo se sabrán los resultados. El almirante Merino le pregunta sobre una posible derrota, pero el presidente, molesto, simplemente le contesta que de ser así hasta ahí llega la elección, porque la amenaza de Volodia Teitelboim es demasiado grave; enfáticamente asegura que no entregaría el gobierno bajo esas circunstancias de peligro institucional. Ya la noche anterior al plebiscito el general Ballerino rompe en parte la convicción presidencial en su victoria, confidenciándole que una persona muy bien informada le ha manifestado sus dudas.

Hacia las 20 horas del 5 de octubre no cabe duda de que todo va mal y en el Consejo de Gabinete de las 12 de la noche se sabe que ya no hay vuelta para la opción presidencial. Pinochet entra a la sala donde sesiona el Consejo de Ministros y con emoción conteni-

da simplemente afirma: “Señores, hemos tenido un tropiezo; tenemos que asumirlo todos y seguir adelante; la situación es normal en el país y los cursos de acción están dados en la Constitución”. La renuncia del gabinete es enérgicamente rechazada por el presidente, porque no es un tema del momento; pide atención, coordinación y que sigan las instrucciones dadas a través del Ministerio del Interior.

Conocidos los resultados ya decisivos para la derrota del presidente, hacia las 2 de la mañana Pinochet sigue muy inquieto por la situación de orden público que pueda producirse y habla de “tomarnos la calle”, pide apoyo a las restantes fuerzas para controlar eventuales brotes de violencia; incluso, solicita poderes más amplios; pero cuando se los niegan, simplemente toma todo con ecuanimidad y sin enojo. No parece haber en la mente de Pinochet ningún afán por desconocer el resultado, sino la más obvia preocupación por las consecuencias de un eventual estallido de turbas armadas, consonante con la lentitud en la entrega de los resultados, que se ha estimado “un costo asumido deliberadamente, en aras de la seguridad y el orden”.

El No gana con el 54,7% (3.959.495 votos), postergando al Sí, que obtiene un 43,00% (3.111.875 votos).

Pinochet trabaja con serenidad, tranquilidad y entereza desde el mismo día siguiente de la derrota, aunque no puede ocultar su sorpresa y desazón. Entiende que tiene que adaptarse a una situación muy dolorosa. Pero sigue trabajando con ese carácter admirable que tiene para sobreponerse a cualquier cosa, “sigue trabajando con el espíritu de un buen soldado”.

La dura derrota electoral, eso sí, no implica que el presidente abandone su convicción en el modelo económico que tanto bienestar le ha dado al país, aunque más de la mitad de los chilenos no lo hayan sabido reconocer e incluso muchos de ellos hayan olvidado la situación en la que se encontraban apenas quince años atrás.

En las postrimerías de su gobierno, Pinochet hace un recuento de sus propósitos en esta materia. Afirma que nunca ha pretendido dar recetas en el plano laboral, “pero si pensáramos en la clave de nuestro éxito, tal vez podríamos sostener que ella se funda en una voluntad común de emprender y de superar todo obstáculo transitorio en busca de mejores oportunidades”; efectivamente, los logros alcanzados son una muestra “de nuestro esfuerzo por dignificar al trabajador chileno; Chile no es apto para sembrar y cosechar proletarios; Chile merece ser un país de propietarios; hacia allá ha estado dirigida nuestra tarea en el campo laboral y los trabajadores así lo han entendido; no sólo tienen derecho a trabajar; también lo tienen a participar.”

Es el momento de los balances sobre el gobierno, mientras el presidente se prepara para dejar su cargo. Nadie tiene duda alguna de que Pinochet cumplirá su palabra y entregará el mando de la nación. En eso, no hay dos opiniones.

Donde sí se plantean las divergencias es en la calidad con que Pinochet sale de su cargo y entra al juicio de sus conciudadanos. Jaime Guzmán cubre de elogios al primer mandatario, mientras que Andrés Allamand estima que si Pinochet “no hubiera pretendido permanecer 24 años en el gobierno, la historia habría recogido su figura mucho mejor”. En esas dos posturas se prefiguraba lo que vendría: los leales al hombre leal; y los otros.

El presidente, por su parte, prepara las últimas horas. Acepta uno que otro homenaje en los días finales de febrero y le pide a la ciudadanía que considere a la unidad nacional “como un objetivo que es consustancial a la acción de todo futuro gobierno, porque Chile ya experimentó suficientemente las nefastas consecuencias que traen consigo la división social, el odio y la estéril lucha de clases”. Por eso, instruye al ministro del Interior para que no autorice manifestaciones políticas o concentraciones de adhesión a su persona y al gobierno antes de la transmisión del mando; quiere que los actos estén revestidos de solem-

nidad y sobriedad.

Y comienza la cuenta regresiva. El 10 de marzo se dirige al país y a las 19:48 cruza por última vez como jefe de Estado las puertas de La Moneda, que se cierran simbólicamente detrás de él.

Para terminar, solo pide “unirnos en un solo esfuerzo conjunto que asegure el éxito del gobierno que se inicia, en bien de toda la familia chilena y del destino promisorio que se merece”.

Pero siempre hay un último día: el 11, desde temprano, gran cantidad de personas con pancartas, ramos de flores y todo tipo de regalos acuden a su casa. Desde ella el presidente se dirige a la Escuela Militar; a lo largo de todo el recorrido, que hace en un auto descubierto, miles de personas lo vitorean e incluso lo acompañan corriendo a sus costados. Va sereno, a veces sonríe, pero sin duda sufre por la incertidumbre que se cierne por su Patria tan amada.

Finalmente, llega al Congreso en Valparaíso. Preparar este día ha costado mucho, por las absurdas exigencias de la Concertación, como que no se ejecute el Himno Nacional cuando entre el presidente Pinochet. Los acuerdos han sido largamente trabajados, pero podrían romperse. Aun bajo esa sospecha, la ceremonia resulta solemnisima —solo empañada por aislados actos de violencia fuera del recinto y algún desagrado dentro de la sala— y muchos de sus detractores no pueden creer lo que están viendo: Augusto Pinochet Ugarte se despoja de la banda presidencial, la entrega y felicita amablemente a Patricio Aylwin. La piocha, eso sí, la entrega directamente al nuevo presidente, para dejar en claro el término de la misión histórica realizada.

“Hemos concluido una exitosa jornada”, afirma el ahora ex presidente Pinochet.

Una exitosa jornada de 16 años y medio. Palabra empeñada, misión cumplida: a través de Augusto Pinochet Ugarte, Chile ha escogido la libertad.

Muchas gracias

Todas las fronteras bajo amenaza

En medio de enormes dificultades, el presidente Pinochet preservó la paz con Argentina, Bolivia y Perú.

El 11 de septiembre de 1973 encontró al país en un estado de debilidad de tal gravedad, que incitaba a que fuera agredido. Las FF.AA. habían sufrido un deterioro de su poder disuasivo y los limitados medios disponibles estaban principalmente destinados a la desarticulación de los grupos paramilitares de la UP. Por esta razón, el 12 de septiembre, un grupo de altos oficiales sugirió al presidente del Perú, general Juan Velasco Alvarado, que era el momento indicado para invadir Arica. Quizás la rápida y contundente acción de las FF. AA y de Orden, que les permitió tomar rápidamente el control del país, hizo que los peruanos descartaran la invasión. No cabe duda de que ese fue el momento de mayor vulnerabilidad para Chile.

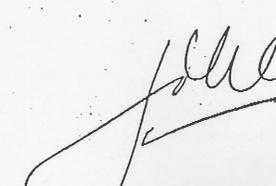
Pero la amenaza peruana no terminó entonces, pues entre 1974 y 1975 hubo peligro serio de guerra. Los peruanos querían recuperar lo perdido en la Guerra del Pacífico (1879-1983). Incluso, sabemos que se llegó a fijar una fecha de invasión a Arica, el 6 de agosto de 1975. El general Pinochet preparó diligentemente la defensa del país para hacer frente a un adversario que tenía un mayor poderío bélico. Paralelamente, Pinochet usó la diplomacia para obtener la neutralidad de Bolivia e impedir que Perú tuviese pretextos legales para atacar. Lo primero lo consiguió reanudando las relaciones diplomáticas con Bolivia, tras comprometerse a estudiar una fórmula que permitiera a Bolivia tener acceso soberano al mar. Lo segundo lo logró entablado negociaciones con el gobierno de Velasco Alvarado, en lo tocante a los aspectos no cumplidos del Tratado Chileno-Peruano de 1929, que el Perú se había negado a finiquitar. Autoridades peruanas de entonces reconocieron que esas medidas frenaron los planes de guerra de Velasco Alvarado. Finalmente, el fantasma de la guerra se alejó al ser depuesto Velasco Alvarado, mediante un golpe de Estado, por el también general Francisco Morales Bermúdez (29 de agosto de 1975).

La más grave dificultad se daría con Argentina. A tal grado, que se puede hablar de una cuasi guerra. El motivo fue la negativa de Chile de modificar el laudo arbitral de la reina Isabel II, del 29 de abril de 1977, que fue totalmente favorable a Chile, porque acogió su interpretación del Tratado de Límites de 1881, en cuanto a que todas las islas ubicadas al sur del canal Beagle, hasta el cabo

de Hornos, le pertenecían. Como no tuvo éxito, de manera unilateral, Argentina declaró la sentencia "insanablemente nula" (25 de enero 1978) y se aprestó a la guerra, pues sabía que tal declaración no tenía efectos jurídicos. Esta guerra, como cualquiera (y probablemente más que muchas), tenía el peligro de perderse, pues existió la posibilidad de que Chile hubiera tenido que enfrentar simultáneamente a Argentina, Bolivia y Perú. Resulta que el 17 de marzo de 1978 Bolivia rompió una vez más las relaciones diplomáticas con Chile, alegando la falta de sinceridad y voluntad de Santiago para encontrar una solución a su demanda marítima. Desde entonces Bolivia se acercó, peligrosamente, a Argentina. En 1978, las relaciones entre Chile y Perú no experimentaron un deterioro, se mantuvieron en un nivel óptimo. De todos modos, si Chile y Argentina entraban en guerra, la ofensiva peruana sería inevitable. Hubiese sido el momento ideal para tomar revancha de 1879, por su centenario.

En todo el desarrollo de la crisis con Argentina, fue fundamental la conducción superior de Pinochet: exhibió una calma y serenidad infinitas; conservó inalterables los deseos de paz y la voluntad de preservarla; preparó diligentemente la defensa del país, usando el ingenio (hubo que comprar armas a un mundo que no nos las quería vender) y sin alarmar a la población; creó instancias de diálogos y accedió a negociar incesantemente con los argentinos, y cuando se percató de que las negociaciones bilaterales no impedirían la guerra, recurrió al Vaticano. Brazo derecho del jefe de Estado fue el canciller Hernán Cubillos, quien trabajaba con un equipo asesor de primer nivel.

Argentina estuvo a punto de hacerle la guerra a Chile en los días previos a la Navidad de 1978. Pensaba atacar coordinadamente por tierra, mar y aire (Operativo Soberanía). Ante esta situación, las FF. AA. chilenas habían recibido instrucciones ante el inicio de las hostilidades. La guerra iba a comenzar en el mar austral. El día 20, en la madrugada, la flota de guerra argentina se dirigía a invadir las islas que el laudo había declarado chilenas, pero no pudo; una fuerte tormenta la obligó a abortar la misión. Cabe mencionar que la tormenta no mermó la capacidad ofensiva de la flota chilena. El día 22, también en la madrugada, la flota chilena fue nuevamente al encuentro

ARMADA DE CHILE S. TC. A. 1 ORD. 63 7530-500-3405		MENSAJE NAVAL				Hoja N°
R/E. o PVS.	Sorte	Instruc. Transmisión	Prefijo	Fecha - Hora origen	1981-10-20	
DEL	ALMIRANTE					Nº Control ODS.
AL	ESPAÑA					Clasificación
F.						OT
XMT.						Gr.
TEXTO: <i>Atacar y destruir cualquier buque enemigo en aguas territoriales chilenas</i>						
						
R	Hora Recepción	Operador	Hora Ent. ODS.	Hora Ent. S. de C.	Hora Ent. Dest.	Firmas
	Hora Ent. ODS.	Hora Ent. S. de C.	Hora Transmisión	Operador	Sistema	
REF.:						

de la argentina. Cuando ambas se acercaban inexorablemente al combate, separadas por horas de navegación, la trasandina cambió de rumbo y se alejó de la zona. En esta ocasión, su retirada no se debía a la inclemencia del tiempo sino a una decisión política. La Junta Militar argentina había aceptado el ofrecimiento de Juan Pablo II de mediar en el conflicto limítrofe. Por fin había dado resultado el trabajo de la Cancillería chilena, que llevaba meses gestionado la intervención del Santo Padre. Pero la decisión de la Junta argentina no fue fácil. Ya que, al revés de Chile, la decisión en Argentina era difusa... el presidente Ernesto Videla era mediatizado por la Junta Militar y esta por un Comité Militar (en el que participaban los generales y almirantes dispersos a lo largo y ancho del país). Nadie mandaba realmente. El presidente Videla era el que más defendió la opción de la mediación papal, era consciente de que una guerra con Chile sería catastrófica. Así se lo había hecho saber Pinochet. Pero se debe tener en consideración que, en esos momentos dramáticos, Pinochet rehusó (pese a la recomendación de la Cancillería) recurrir a la Corte Internacional de Justicia de La Haya para exigir el cumplimiento del laudo. Acertó medio a medio. Con posterioridad, la Cancillería —por declaraciones argentinas— supo que el recurso unilateral a La Haya hubiese significado la guerra inmediata. Decisión fundamental que despejó la intervención del Santo Padre.

La intervención del Vaticano había evitado, *in extremis*, la guerra. Pero no se debe olvidar que

la conducción durante todo el año del conflicto por el presidente Pinochet y el canciller Cubillos, callada, firme, prudente y de objetivos invariables, fue fundamental para mantener la paz. En gran parte, fue el gobierno chileno el que preparó el terreno de la mediación papal. Con esto no se quiere minimizar las gestiones pro paz que hicieron las iglesias chilena y argentina y el Gobierno de los EE. UU., que, sin duda, contribuyeron a que se materializara la mediación.

El 8 de enero de 1979 ambos países suscribieron los acuerdos de Montevideo, que oficializaron el proceso de mediación. Es importante recordar que el gobierno chileno, aparte de acordar la mediación papal, había tenido que conjurar la amenaza de boicot de la ORIT. El centenario del inicio de la Guerra del Pacífico, fecha simbólica, se cumplió estando el Santo Padre mediando en el conflicto entre Chile y Argentina. Fue larga y ardua la gestión papal. Pinochet mantuvo inalterable la postura de que debía cumplirse el laudo inglés y el Tratado de 1881. El delegado del Papa, el cardenal Antonio Samoré, lo presionó y presionó a sus representantes para que Chile cediera alguna isla. Fue inútil. Durante el proceso de mediación se produjo la guerra de las Malvinas o Falkland (1982), que enfrentó a argentinos e ingleses. Chile apoyó logísticamente a los británicos, que terminaron ganando la guerra. ¿Por qué? Era evidente (y así efectivamente estaba planificado, Plan Rosario) que si los argentinos ganaban la guerra, procederían a atacar a Chile. Debe tenerse presente que los

(continúa en p. 12)

Arenga 1978

El almirante José Toribio Merino Castro había escrito la siguiente arenga ante el inminente inicio de las acciones de guerra:

Una vez más la Historia nos pone de cara a la encrucijada definitiva de saber responder al llamado de la Patria en peligro, o sucumbir bajo un destino que sabemos gobernado más allá de nuestro control.

Nunca deseamos llegara esta hora; jamás dejamos de abrigar las mayores esperanzas de ver impuesta la cordura y la justicia, por la sola fuerza de la razón y la voluntad de dos pueblos forjados tempranamente bajo una misma bandera.

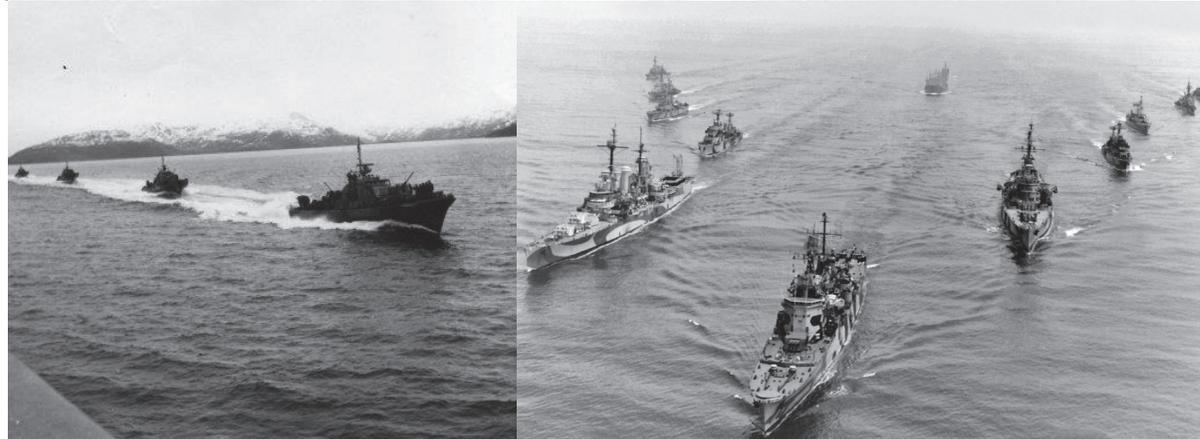
No pudo, sin embargo, ser así. Hay circunstancias que exceden cualquier buena intención y obligaciones que trascienden la mejor de las disposiciones.

Por ello es que en el momento de iniciar esta cruzada en resguardo de nuestros legítimos derechos soberanos, largamente reconocidos por la justicia y la opinión pública internacionales, mi palabra se dirige a vosotros con la firmeza de ayer y de siempre, para señalaros

la enorme responsabilidad que hemos asumido y exigiros su más fiel cumplimiento.

Porque nos asiste la verdad; porque nos respalda un pasado de invariable juricidad; porque el legado de nuestros Héroes nos enseña a darlo todo en defensa de esa verdad y por la plena vigencia de ese derecho, nuestra causa habrá de imponerse y demostrar al mundo cómo un pueblo pequeño, pero altivo, es capaz de remontar la más cruel adversidad, para hacer prevalecer aquellos principios superiores en que se funda la convivencia humana y renovar la ininterrumpida y gloriosa tradición de triunfo con que la Armada de Chile ha llenado tantas páginas de nuestra Historia Patria.

Marinos: /hacerse a la mar/, Chile y el Mundo serán testigos de nuestra calidad. Dios sabrá recompensar nuestros sacrificios y transformar en éxitos nuestros desvelos.-



(viene de p. 11)

generales que remplazaron a Videla (dejó el poder en marzo de 1981) en el cargo de Jefe de Estado, particularmente Leopoldo Galtieri, habían intentado sabotear el proceso de mediación. La derrota obligó a los militares argentinos a volver a los cuarteles. Los civiles recuperan plenamente el poder político en diciembre de 1983, cuando Raúl Alfonsín asume la presidencia de Argentina. En octubre de 1984, el Vaticano propone un acuerdo para la solución del diferendo austral. Este es aceptado y se transforma en el Tratado de Paz y Amistad, que los cancilleres de Chile y Argentina firman el 29 de noviembre de 1984, en la ciudad del Vaticano. Con el Tratado, Chile obtuvo prácticamente una ratificación de su soberanía en la zona austral. Chile no había entregado ni un milímetro de las tierras que le había reconocido el Laudo Arbitral de 1977, pero sí había aceptado llegar a un compromiso sobre las aguas discutidas que ese mismo fallo no tocaba.

Nadie discute que el Tratado de Paz y Amistad sentó las bases de una paz duradera y fecunda entre Chile y Argentina.

En resumidas cuentas, el Gobierno Militar triunfó en los campos de batalla de la paz y, por ende, evitó que los chilenos vivieran los horrores de la guerra moderna, que arruina la economía y la infraestructura de los estados y somete a la población a las condiciones más brutales y teóricamente intolerables¹.

¹ Todo, en: MAURICIO SCHIAPPACASSE, *Augusto Pinochet, un soldado de la paz*, Editorial Maye, Santiago, 2009, pág. 53 y siguientes.

El Gobierno Militar y los más necesitados

El Gobierno Militar redujo el tamaño del Estado y modernizó su funcionamiento, para que dejara de ser el principal productor y empleador del país y en cambio enfocara sus esfuerzos a la labor social. Mediante el Mapa de Extrema Pobreza (1974), elaborado por ODEPLAN y el Instituto de Economía de la Universidad Católica, orientó el gasto social a grupos específicos, lo que permitió el nacimiento del Subsidio Único Familiar (SUF), pensiones asistenciales, programas de empleos de emergencia (PEM y POHJ) y de alimentación escolar, entre otros. Esto sirvió para que el régimen colocara tres hitos que fueron definidos por el historiador Gonzalo Vial como los pilares del progreso social: vivienda, salud y educación. En la actualidad lo podemos dar por algo obvio en las preocupaciones de un gobierno, pero en la época era una tremenda novedad la forma en que fueron enfocados y desarrollados.

Vivienda

Los militares, al asumir el poder, heredaron, al igual que todos los gobiernos anteriores, el problema del déficit habitacional, que por lo bajo su problema procedía desde 1865 y, pese a los esfuerzos realizados desde comienzos del siglo XX, era difícil de solucionar. Tan deficiente era el sistema, que en 1973 el déficit habitacional llegó a un millón de viviendas. Se implementó el sistema de subsidio que opera hasta el día de hoy. Este mecanismo lo diseñó ODEPLAN (Oficina de Planificación Nacional, hoy Ministerio de Desarrollo Social), bajo la conducción de Miguel Kast, al cual ayudaron también Hernán Büchi y Miguel Ángel Poduje.

En 1990 el balance en construcción de viviendas era el siguiente: se edificaron cerca de un millón de viviendas, donde casi 560.000 se hicieron por distintos programas sociales; a 2.600.000 personas de escasos recursos se les entregó título de propiedad individual; la erradicación de 145.849 de las 153.000 familias que en 1973 vivían en campamentos;

y la entrega de más de un millón de títulos de dominio.

Salud

A largos trazos, podemos destacar que la labor del gobierno se enfocó en los siguientes objetivos:

1. Ampliar 78 hospitales y construir 39 nuevos. Hacia marzo de 1990 se contabilizaba en el país 345 consultorios (225 más que en 1970), 1.040 postas rurales (270 más que en 1970) y 1.214 estaciones médicas rurales (445 más que en 1970). Además de iniciarse entre 1981 a 1987 la municipalización de los servicios primarios.
2. Creación de FONASA en 1979, con un total de casi dos millones y medios de cotizantes y casi 10 millones de beneficiarios en 1990.
3. Creación de las isapres en 1981 con el objetivo de descongestionar el sistema público, llegando a 1988 a existir 31 isapres y un millón y medio de afiliados.
4. Diseñar programas focalizados para disminuir mortalidad, mejorar la salud materno-infantil, atacar desnutrición infantil y prevenir las enfermedades y epidemias.

Educación

Durante el Gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden se dieron pasos desarrollo de una serie de objetivos, destacando:

1. Priorizó y aumentó el gasto destinado a la educación básica y media.
2. La construcción o ampliación de numerosos establecimientos educacionales. Realizándose entre 1974 a 1986 más de 2.292 obras.
4. La descentralización drástica y masiva vía municipalidades de la educación básica y media. Este proceso comienza en 1981 y termina en 1986.
5. El pago de una subvención por niño y asistencia, al sostenedor municipal (corporación), pero también al particular... para estimularlo a

impartir enseñanza gratuita.

6. Se crearon sistemas de evaluación para medir la calidad de la educación a nivel nacional. Apareciendo el PER, SECE y finalmente el SIMCE.
7. Reconocimiento a la existencia de 8 universidades tradicionales, además de darle vida a otras, derivadas de las antiguas sedes regionales de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica del Estado.
8. Término de la educación gratuita universitaria, creándose el Crédito Fiscal que debía enfocarse en aquellos alumnos que no poseían los recursos para financiar sus estudios superiores. Pagadero dos años después del egreso al 1% de interés, con un plazo máximo de 10 años para cancelar la deuda.
9. Autorización para la creación de universidades, institutos profesionales y centros de formación técnica. En 1990 habían cuatro universidades privadas y numerosos institutos profesionales y centros de formación técnica.
10. Se impulsó el desarrollo de la investigación científica y tecnológica, creándose con ello, en el año 1981, el Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología (FONDECYT).

A grandes rasgos en el balance del sector educacional se puede señalar que el Gobierno Militar obtuvo importantes logros: aumento de la escolaridad, que en 1970 era de 4,5 años y sube a 9 en 1990. Asimismo, el analfabetismo en la población mayor de 15 años, que en 1970 era de 11%, bajó a 5,45% en 1989 (para la época, en Brasil era del 19%, en México del 12% y en Venezuela del 10%). En tanto, la matrícula de educación superior, que en 1973 ascendía a 146.451, sube a 245.408 en 1990. Por otra parte, el número de bibliotecas públicas era de 295 en 1990 (270 más que en 1973), con más de un millón de libros (900.000 más que en

1973). Igualmente, y el número de museos regionales sube de 6 en 1973, a 10 en 1990.

Es imposible dejar de mencionar que el Gobierno Militar sentó las bases de la profesionalización para reducir la pobreza gracias a los «mapas de la extrema pobreza», el uso de la informática, creación de la ficha CAS (1980) y la encuesta CASEN (1985), que tuvieron como objeto focalizar el gasto. Las medidas anteriormente tomadas permitieron que se erradicaran casi todos los campamentos, se dotó de agua potable a los sectores urbanos y rurales más necesitados y se redujo drásticamente la desnutrición infantil. Resulta útil mencionar algunos ejemplos de este combate a la pobreza: en 1986, el Servicio Nacional de Menores (SENAME) atendía a 48.767 menores (39.729 más que en 1973) en 550 establecimientos (447 más que en 1973); ese mismo año, la distribución de leche gratuita llegaba a los 32 millones de litros, es decir, casi 12 millones de litros más que en 1973; en 1989, el programa de alimentación entregaba cerca de algo más de 28 millones de kilos de alimentos, que incluían leche al 26% de materia grasa, leche cereal, sopa-puré y arroz.

En resumidas cuentas, «los pobres más pobres» fueron la preocupación de la época. De allí que los esfuerzos realizados se hayan dirigido a terminar con el Chile de las «poblaciones callampas» y las «mediaguas», de ampliar el acceso al alcantarillado y el agua potable, de resguardar el incremento natural de la población, de facilitar y mejorar el acceso a la salud, disminuir el analfabetismo y a extender y mejorar la enseñanza pública.

Una clara indicación del progreso alcanzado por el país es lo consignado en el Informe PNUD de 1990. Referente a Chile, expresaba que era un país con un alto nivel de desarrollo humano. Todo lo expresado —a rasgos generales— permiten indicar que el gobierno encabezado por estos dos uniformados insertó a Chile en la globalización y mejoró las condiciones de vida de los chilenos.

La transformación de Chile bajo el Gobierno Militar

Con el inicio del nuevo gobierno, en paralelo al proceso de elaboración de la nueva Constitución, se llevaron a cabo los procesos de descentralización y modernización del Estado. Se reemplazaron las 25 provincias y el régimen comunal existentes. Esta labor fue realizada por la Comisión Nacional para la Reforma Administrativa, creada el 17 de diciembre de 1973, dirigida por el coronel Julio Canessa Robert. Fue un proceso paulatino, iniciado en cinco de las regiones (II, III, XI, XII y VIII).

A esta partida se sumará la reorganización de todas las provincias, quedando solo 300 comunas, las cuales serán corregidas y complementadas durante el Gobierno Militar. El país fue dividido en trece regiones, las cuales quedaron divididas en provincias y estas en comunas. En cada región se constituyó un gobierno regional, dotado de personalidad jurídica de derecho público, con funciones y patrimonio propios. Con la reforma administrativa del Estado aparecen los secretaríos regionales ministeriales (seremis). Los municipios fueron reformulados, existiendo hasta 1992 los COREDES y CODECOS, órganos no electivos que cumplían la función de asesorar al alcalde en su labor, hasta 1992, cuando se permite la elección de alcaldes y concejales por sufragio popular.

Otras reformas relevantes, y que fueron de la mano con la regionalización, tienen que ver con la modernización de la Administración Pública. Por ejemplo, se le entregó rango de ministerio a la Secretaría General de Gobierno y se creó el Ministerio de Transportes y Telecomunicaciones. La Corfo fue reformulada respecto de sus postulados desarrollistas, que procedían desde 1939. De esta forma, y como complemento al esquema de un Estado pequeño y eficiente, nacieron: la Oficina Nacional de Emergencia (ONEMI), la Superintendencia de Bancos e Instituciones Financieras

(SBIF), la Comisión Nacional de Energía, la Superintendencia de Valores y Seguros, el Servicio Nacional de Turismo (SERNATUR), la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, el Fondo Nacional de Salud (FONASA), la Corporación del Cobre (CODELCO), la Dirección General de Deportes y Recreación (DIGEDER, hoy Chile Deportes), la Subsecretaría de Pesca, la Subsecretaría de Telecomunicaciones, el Servicio Nacional de Pesca (SERNAP), el Consejo Nacional de Pesca, el SENAME, el Servicio de Normalización Previsional (INP), la Superintendencia de Administradoras de Fondos de Pensiones (SAFP, hoy Superintendencia de Pensiones), el Servicio Nacional de Geología y Minería (SERNAGEOMIN), la Fiscalía Nacional Económica (FNE), la Dirección de Relaciones Económicas Internacionales (DIRECON) y PROCHILE, entre otros organismos.

Tan contundentes fueron estas reformas institucionales aplicadas por el Gobierno Militar que el politólogo Francis Fukuyama, en su obra *La construcción del Estado*, las reconoce como las más significativas de finales del siglo XX.

Cabe destacar que el Gobierno Militar modificó, transformó y sustituyó instituciones que venían desde inicios del siglo XX (de las administraciones de 1924 a 1932), siendo solamente 42 años después, con la creación de nuevas instituciones y una modernización tan profunda, que Chile cambió profundamente respecto a cómo estaba antes de Merino y Pinochet.

El Ministerio de Vivienda desarrolló numerosas obras de vialidad y pavimentación urbanas por más de diecisiete millones de unidades de fomento. Además, llevó a cabo un total de 1.067 obras de equipamiento comunitario. Por su parte, el Ministerio de Obras Públicas recibió obras por un total aproximado de un millón seiscientos mil metros cuadrados.

Se reconstruyó el Palacio de La Moneda, reabriéndose en 1981, y en junio de 1988 el régimen dio luz verde al proyecto de construcción de una nueva sede del Congreso Nacional, en Valparaíso. El proyecto elegido tenía cerca de sesenta mil metros cuadrados de construcción y se emplazaba en el barrio El Almendral, donde funcionó el Hospital Enrique Deformes, demolido luego del terremoto de 1985.

Como la regionalización fue una de las obras puntales del Gobierno Militar, se logró finalmente poner en marcha del Metro de Santiago (el 15 de septiembre de 1975), renovando la capital y convirtiéndola en una urbe moderna. Otra obra de relevancia es la finalización del Templo Votivo de Maipú (1974), cumpliendo así con el compromiso solemne que había realizado don Bernardo O'Higgins el 14 de marzo de 1818, de construir un templo a la Virgen del Carmen en el área donde se selló la Independencia de Chile.

A nivel de conectividad, en 1974, el aumento del flujo comercial con Argentina llevó al desarrollo de un sistema carretero internacional, acorde con las cargas transportadas, construyéndose una carretera Valparaíso-Mendoza que conectó al país con la costa atlántica. Para agilizar el transporte de carga, se abrió en 1980 el túnel Cristo Redentor.

Se construyeron 2.000 kilómetros de caminos nuevos (integrándose 20.000 kilómetros cuadrados de territorio) y 450 puentes (150 kilómetros). La Carretera Longitudinal (que en 1978 tenía un 1% en buen estado) fue rehabilitada casi en un 90% en 1990. Adicionalmente, se rehabilitaron 100 puentes, con una longitud mayor a los dieciséis mil metros.

En obras viales nos encontraremos con la más emblemática y que está ligada al proyecto de Pinochet: La Carretera Austral. Pinochet

la anhelaba desde 1956, cuando era profesor de la Academia de Guerra. Su construcción fue por etapas y permitió integrar a Chile 140.000 kilómetros cuadrados en las X y XI regiones. Esta red vial en 1989 tenía un total de 2.420 kilómetros, incluyendo una red de caminos transversales donde 1.283 kilómetros fueron construidos entre 1976 y 1989.

Existen otras obras viales efectuadas por el Ejército, pero de menor envergadura, las que suman 206 kilómetros. También se construyó la autopista Santiago-San Antonio y la segunda calzada de la ruta entre Santiago y Valparaíso.

El régimen militar desarrolló obras para aumentar el tráfico aéreo de pasajeros y carga a nivel nacional e internacional. Hacia 1990 el país poseía siete aeropuertos internacionales, diez aeródromos troncales, treinta y cuatro aeródromos secundarios y sesenta pequeños aeródromos.

A nivel portuario, se finalizó la construcción del muelle de Arica para el servicio del Perú (cumpléndose con las disposiciones del Tratado de 1929), terminándose además la estación terminal del ferrocarril Arica-Tacna.

Entre 1975 y 1984 se realizaron obras para convertir en puerto mayor a San Antonio.

Se mejoró el potencial eléctrico del país con la construcción de la central hidroeléctrica Colbún-Machicura y el embalse El Toro; además, se diseñó y entró en funciones la mayor planta termoeléctrica del país, Tocopilla, para abastecer al Norte Grande. La empresa privada construyó y puso en funcionamiento centrales de gran tamaño, como son Canutillar y Alfalfal.

Cabe destacar que se realizaron casi dos mil ochocientas obras de empresas eléctricas, aumentando la generación eléctrica desde 8.776 millones de kWh, en 1973, a 17.810 millones, en 1989.



